

¡diga "33"!

PUNTUALIZACIONES SOBRE LA MENINGITIS MENINGOCÓCICA

Nuestro amigo el Dr. F. introduce en su despacho no una visita, sino cinco a la vez. El Sr. Pérez, la Sra. Rebull, et-
cetera. De hecho no se trata de enfermos; son clientes que vienen a preguntar si deben tomar «las pastillas» para evitar la meningitis.

La respuesta vale para todos ellos y también para usted, querido lector. Por tanto, tome asiento cómodamente y siga leyendo.

Empieza el Dr. F.:

—No se asusten ustedes más de la cuenta por la palabra meningitis. Las hay de muchas clases, y por suerte, la que nos ocupa se trata de la meningitis cerebroespinal meningocócica que es de las menos peligrosas. Caso de producirse una epidemia, ésta es siempre pequeña, y de los enfermos, sólo unos 8 ó 9 de cada 100 fallecen. Los demás curan en unas pocas semanas.

Esta enfermedad está producida por un microbio llamado meningococo de Weichselbaum...

La Sra. Rebull, que teme no le vayan a soltar una conferencia, aprovecha la

primera pausa que hace nuestro doctor, para preguntar:

—Perdone, pero si nosotros tomamos las pastillas, ¿podremos «coger» la enfermedad?

El Dr. F. contesta:

—Igualmente. Tanto puede enfermar el que ha tomado las pastillas como el que no las tomó.

Ahora es el Sr. Pérez quien pregunta:

—Entonces, ¿qué utilidad tiene el tomarlas?

Continúa el Dr. F.:

—Verán ustedes. El problema que se trata de resolver es el siguiente: En épocas de epidemia el 50 % de las personas llevan este microbio, el meningococo, en la nariz o la garganta, sin que, generalmente, les ocurra nada. A estas personas se les llama «portadores», y pueden contagiar a otra gente que a su vez se convierte en portadores o bien enfermar de meningitis. El microbio pasa de una persona a otra en pequeñas gotitas de saliva que se producen al hablar o toser.

»Pues bien, si consiguiéramos hacer desaparecer estos focos de contagio que son los portadores, eliminándoles los

microbios que llevan en la nariz, desaparecería la epidemia de meningitis. Esto se puede lograr sin necesidad de romper la nariz a nadie; basta que cada persona se tome un comprimido diario de una sulfamida retardada durante dos o tres días.

Por tanto, Sra. Rebull, Sr. Pérez, y usted, lector, al tomar las sulfamidas lo que hacen es matar sus propios microbios, y con ello conseguirán evitar el ser la causa de contagio a sus familiares, a sus compañeros de trabajo.

—Veo, pues —dice el Sr. Pérez—, que todos hemos de tomar las pastillas. Así lo haremos.

La Sra. Rebull, siempre pendiente de la salud de su hijo único, dice:

—¿Cómo conoceré si mi hijo tiene meningitis?

—Mire usted —contesta el Dr. F.—. Si su hijo o su esposo se sienten indispuestos bruscamente, con fiebre intensa, gran dolor de cabeza, especialmente en la nuca y con vómitos, llámeme en seguida, pero no pierda la serenidad, pues otras enfermedades, incluso una simple gripe, puede empezar así.

El Dr. F., mientras acompañaba de nuevo el grupo hacia la puerta, les daba las últimas instrucciones:

—Mientras se tomen las pastillas no se purguen con agua de carabaña. Los alérgicos y los enfermos de riñón no deben tomar las pastillas...

Después de los saludos de rigor volvía a entrar otro grupo de pacientes, y se reanudaba el mismo tema: «No se asusten ustedes más de la cuenta, por la palabra meningitis», etc.

DÍA DEL LIBRO: EN RÚSTICA O TELA...

